

rando estos al mismo Dios de Israel.

Bensadí se abstenia de comunicar estas reflexiones á su hija, temeroso de que no concibiese la esperanza de ser un dia muger de Teodoro ; porque aun cuando hubiera deseado tener un yerno que se le pareciese , las circunstancias singulares que notaba en este jóven, no le permitian pensar en este enlace , aun cuando su hija hubiese sido el principal objeto de su cariño ; lo que estaba bien lejos de creer , segun lo que habia visto, cuando habia entrado en su cuarto, y pronunciado el nombre de Elisa, como su hija lo habia oido.

~~~~~

## CAPITULO VI.

~~~~~

Teodoro estaba en su cuarto entregado á todas las angustias de su corazon : las pasiones violentas ceden alguna vez al imperio de la razon ; pero si algun accidente las quita este freno , ellas entonces brillan , trastornan el alma y la hacen juguete de sus fogosas agitaciones.

Luego que logró recobrar un poco de calma , se detuvo á la resolucion de dejar una familia que le queria, pero en el seno de la que introducía la inquietud á su pesar. Sin embargo, dejarla sin dar una

explicacion de su conducta, ¿no era responder á las bondades de que le habian colmado, por una odiosa ingratitud? Por otra parte, ¿podia él revelar el secreto tan peligroso, tan sensible, cuya idea sola le estremecia á cada instante del dia y de la noche? Examinando así su posicion bajo diferentes puntos de vista, el deseo de marcharse se debilitaba poco á poco, y el peligro de andar errante, como lo habia hecho sin encontrar otro Bensadí, le determinó á quedarse. Ninguna consideracion le hubiera contenido si hubiera podido adivinar las sospechas que habia ya inspirado á su bienhechor.

La hora en que el señor Collier debia volver, se aproximaba: Teo-

doro se esforzó en recobrar su serenidad, y bajó al escritorio: un momento despues llegó el señor Collier.

«Apenas me atrevo, dice, á preguntar cuál es el resultado de mi pretension, convencido de que es mui singular para ser favorablemente acogida.»

Teodoro le esplicó las intenciones de Shechem, añadiendo, por no herir la delicadeza del jóven, que el señor Bensadí se habia alegrado de hallar esta ocasion de asociarse en un ramo de comercio tan lucrativo.

«Estoi confundido, exclamó el señor Collier: ¿cómo podré nunca demostraros mi reconocimiento? Gracias á vos, gracias al señor

(172)

Bensadi, ya no me separaré de mi muger: gracias á Dios que me vuelve á proporcionar los medios de sostenerla, y de mantener los hijos que me pueda dar. ¡Ah, señor! reflexionad cuánto he debido sufrir por la idea de ver nacer unas criaturas desgraciadas, condenadas desde su infancia á todos los horrores de la miseria. Perdonad mi admiracion y la turbacion en que me hallo: no vuelvo de mi admiracion cuando pienso que un judío se muestra conmigo tan noblemente generoso!»

Shechem entró un momento despues, y se puso en seguida á formar los artículos de su asociacion con Collier, pareciendo menos ocupado del servicio que le

(173)

hacia, que de los beneficios que contaba tener en la negociacion. Este noble modo de obrar llenaba de satisfaccion al jóven Collier, que sentia aumentarse su reconocimiento al ver el interes con que lo hacia Bensadi, y el cuidado con que procuraba hacer desaparecer su generosa accion, bajo la apariencia de una ventaja recíproca.

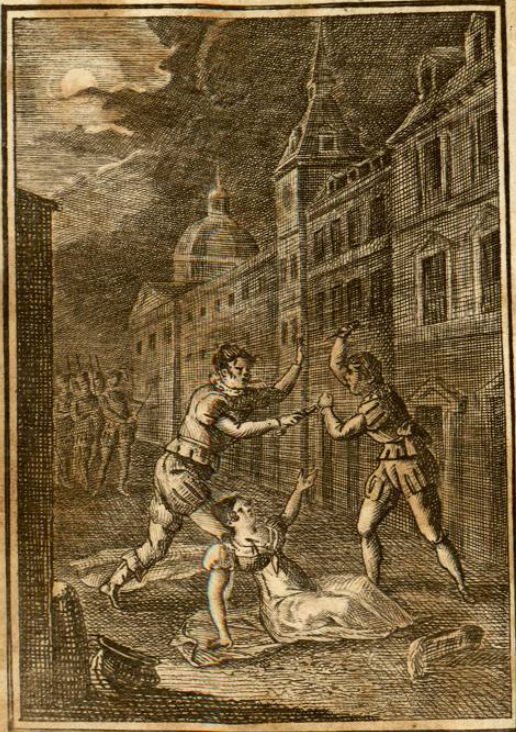
Teodoro habia tomado la costumbre de acompañar á Shechem en Rosemary-Lane. Mas resuelto que antes, salia frecuentemente por la noche á llevar la correspondencia al correo: volvia un jueves por la noche cerca de las doce, cuando oyó gritar *Al asesino* en el estremo de una calle estrecha; corrió al punto de donde salian las

voces, y vió un hombre furioso, contra quien luchaba una muger dando grandes gritos.

«Retiraos, gritó el hombre al ver á Teodoro: es mi muger, á quien he hallado esta noche en una taberna con su amante, y quiero vengarme.»

— Escuchad un momento, dijo Teodoro á este esposo (á quien el furor no permitia prestar atencion á nada): si vuestra muger es infiel, abandonadla, pero no la maltrateis tan cruelmente; pues no teneis derecho sobre su vida.

— Que perezca, exclamó el marido: ella me ha arruinado por enriquecer á su amante; ha deshonorado mi lecho; todo está perdido para mí; es preciso matarla.»



*¡partaos... temed... Ha deshonrado
mi lecho, y quiero lavar mi afronta
con su sangre.*

(175)

Teodoro se esforzaba en contener su brazo ya levantado para herir á su muger con un cuchillo de que estaba armado, y al mismo tiempo pidió socorro; pero el marido ultrajado, recibiendo mayores fuerzas por la rabia que le animaba, logró desprenderse de Teodoro y sumergir el cuchillo en el seno de su muger: pónese delante de ella Teodoro, y recibe un golpe en la cabeza.

Llega tropa por diferentes puntos y prenden al asesino: la muger herida fue conducida á un hospital, y Teodoro, á quien el dolor de su herida habia casi hecho perder el conocimiento, fue conducido á la casa de Bensadí. Este último, al ver tanta gente á su

puerta á media noche , no supo al principio qué pensar , y bajó él mismo como espantado , para ver lo que era : enterado al momento del accidente ocurrido á su amigo , se afligió en extremo , y ayudó á los que le habian conducido para llevarle á su cuarto.

Despues que Teodoro fue colocado en la cama , un cirujano de la vecindad fue llamado al momento para curarle la herida : antes que llegase , cayó el enfermo en delirio , sea por efecto de los vehementes dolores que sufría , sea por la turbacion que le habia causado el espectáculo de una muerte , ó ya fuese el resultado de ambas causas reunidas.

Habiendo examinado la herida

el cirujano , declaró que no habia peligro. Como era un hombre lleno de humanidad , y que el aspecto del cuarto del enfermo no anunciaba sino abundancia , preguntó si este jóven tenia amigos que respondiesen de los gastos de la curacion ; añadiendo , que si no los tenia , se encargaria de curarle *gratis* : estas últimas palabras hicieron brillar un rayo de alegría en el semblante de Shechem ; pero no respondió nada , absorviendo todas sus ideas la situacion de Teodoro. El cirujano , que le conocia por la buena reputacion de que gozaba , no se sorprendió del movimiento de satisfaccion que se le habia escapado.

Desnudando al herido , se ha-

bía hallado el retrato de que hemos hecho mencion muchas veces. Shechem le cogió y le encerró en su cartera para reconocerle en otra ocasion; porque en este momento no podia ocuparse sino de su jóven amigo.

Rebecca quedó encargada de cuidar al enfermo, mientras Shechem, despues de haber despedido á todo el mundo, se dispuso á ir en busca de su hija para prepararla por grados á recibir una noticia que debia afligirla; pero la alarma habia ganado ya el corazon de miss Eva: el ruido ocasionado por los sugetos que habian llevado á Teodoro, la habian despertado, y habia llamado á Rebecca que estaba demasiado distante pa-

ra oirla. Aunque hubiese cesado un poco el ruido, distinguia de cuando en cuando la voz de muchas personas, y la parecia que se quejaban: era preciso atravesar muchas piezas por medio de la oscuridad para llegar al parage de donde parecia salir el ruido; y la sorpresa que le habia ocasionado, le quitaba la fuerza de que hubiera tenido necesidad para satisfacer su inquietud. A cada minuto esperaba que su padre ó Rebecca entrasen en su cuarto: ella habia tentado el vestirse; pero la oscuridad y su emocion se lo habian impedido: adelantóse medio desnuda hasta la puerta para escuchar algunas palabras, y no tardó en oir que decian: «La herida no es tan peli-

grosa como podia serlo.» La respuesta de su padre la fue bastante para conocer quien estaba herido, y volvió á echarse sobre su cama, gritando con una voz moribunda: «¡ha sido muerto.... ha sido muerto!»

En este estado halló Bensadí á su hija: fue á socorrerla inmediatamente, y viéndola sin conocimiento, su primera idea fue la de que estaba muerta: la cogió en sus brazos y humedeció con sus lágrimas su pálido rostro, sacándola de este estado de insensibilidad sus lamentos, pasado un largo rato: abriéronse sus ojos un momento, y los fijó sobre su padre, saliendo de su boca estas palabras medio articuladas: «¡Oh, padre mio, Teodoro!»

— ¡Cielos, yo os doi gracias! exclamó Shechem: mi hija respira. ¡Eva, mi querida Eva! calma tu espíritu.

— ¡No es muerto! repuso ella á media voz: no me engaños, ¿vive aun para mí?

— ¿Qué es lo que preguntas, hija mia? dice Shechem, que no sabia si atribuir estas preguntas á un acceso de delirio ó á un verdadero sentimiento meditado. «¿Teodoro es pues tan necesario á tu felicidad....?»

— ¡Ah, padre mio! contesta cubriendo su rostro con ambas manos: ¿quereis que os confiese mi debilidad? ¿No conoceis en mi semblante lo que sufre mi corazon....? Decidme, ¿qué le ha sucedido?

— Teodoro, respondió Shechem apretando la mano de su hija con las suyas, ha sido ligeramente herido por un hombre á quien quiso impedir usase de violencia con su muger; pero su curacion será pronta: si no fuese ya tarde, llamaria tu atencion sobre un objeto de mayor importancia que este acontecimiento. Yo temo mucho, querida hija, que la herida hecha en tu corazon no sea mucho mas dificil de curar que la de Teodoro.»

Miss Eva bajó los ojos, acaso vergonzosa de haberse explicado tanto; y Shechem, encantado de verla ya enteramente tranquila, la dió las buenas noches, y la dejó para volverse con Teodoro: el delirio se habia calmado; pero le

quedaba una calentura abrasadora, y le devoraba una sed ardiente: Rebecca estaba junto á su cama con el cuidado de atender á todas sus necesidades: no fue sino con pena como Shechem la redujo á acostarse, siendo su intencion la de pasar el resto de la noche en el cuarto del enfermo: el buen israelita permaneció á el lado de la cama entregado á tristes reflexiones. Lo que sufría Teodoro, lo que él mismo habia sufrido, lo que tenia que temer por la tranquilidad y felicidad de su hija, todo esto pesaba dolorosamente sobre su corazon, y le hacia tristemente suspirar.

Teodoro durmió durante algunas horas, y en este intervalo She-

chem, acordándose de que poseía el retrato que su jóven amigo guardaba con tanto cuidado, quiso examinarle, con la vaga esperanza de que este exámen le proporcionaría algun descubrimiento importante. Este retrato estaba en un medallon de oro de los mas elegantes; pero lo que mas llamó su atencion, fue el rostro de la muger que representaba esta miniatura: era hermosa, sin ninguna faccion particularmente remarcable: el conjunto de su fisonomía tenia una espresion de dulzura que anunciaba la calma de un alma á quien las pasiones y el infortunio no han hecho perder nada: se veia detras del retrato un nudo de cabellos de dos colores, y el nombre de Elisa

en letras de oro: Shechem no pudo sacar otra aclaracion, sino que el valor de la alhaja indicaba que el poseedor debia haber sido un hombre rico.

Era claro tambien que esta Elisa era mui amada de Teodoro, y que miss Eva queria á un hombre que no podia disponer ya de sus inclinaciones. Shechem veia que tratando de retener un amigo, se preparaba crueles penas, y que era preciso de toda necesidad resolverse á verificar una separacion que podia hacer soportable á Teodoro, poniéndole al abrigo de las necesidades, y á la que su hija se resignaria sin duda con el tiempo. Fuertemente penetrado de esta precision, resolvió no perdonar,

medio alguno, y arrancar á Teodoro un secreto, que á la vez producía en su alma sentimientos de curiosidad, de sorpresa y de temor.

Ya empezaba á manifestarse la aurora cuando Shechem se acercó á la ventana, y mirando á los palos de los navíos que habia en el Támesis, y las colinas que coronaban el horizonte, admiraba el silencio profundo que reinaba aun donde dentro de pocas horas debia reunir el comercio tanta gente y ocasionar tantos movimientos, hasta que oyó andar ligeramente por el corredor, y un momento despues llamar á Rebecca con voz baja.

Abrió la puerta y vió á su hija,

la que se sorprendió al momento, notándose en ella una turbacion inesplicable. No fue sino con rubor y con mucho esfuerzo el preguntarle si Teodoro estaba mejor, añadiendo que creia estaria Rebecca con el enfermo; y despues suplicó á su padre se fuese á descansar para no esponer su salud.

«¡ Ah, hija mia! dijo Shechem con un aire triste, veo con dolor que el sueño ha abandonado tus ojos: el sentimiento que te ocupa sin cesar te ha conducido hasta aquí: esta debilidad tiene muchos peligros, hija mia; pero yo no quiero afligir tu corazon: contempla, si lo deseas, el objeto de tan tierno interes, y le verás dormido. Si hai pocos momentos para

la felicidad, no hai sino muchos para el infortunio; y quisiera, al precio de mi vida, alejar de ti el momento de la afliccion.» Dicho esto se retiró.

Miss Eva, trémula, y muy contenta de la bondad de su padre, fue á sentarse sobre un baul que habia junto á la cama. Sus ojos se fijaron sobre Teodoro, que de cuando en cuando dejaba oír algunos gemidos sin articular palabra inteligible.

La sensible Eva se anegaba en lágrimas: la turbacion que agitaba á Teodoro influía sobremañera sobre su corazon: acordándose de la tarde en que por la primera vez le habia visto, y en que habia caido acongojada en sus

brazos, «¡Ah, decia ella á media voz, que no hubiera yo podido entonces trasladar á su corazon los sentimientos que me ha inspirado! ¡Pero Elisa, dichosa Elisa! — ¡Quién nombra á Elisa? exclamó Teodoro despertando sobresaltado.

La confusion de miss Eva fue estremada: su boca habia revelado imprudentemente los secretos de su corazon: temblando por el temor de que Teodoro hubiese acaso oido una confesion que nunca ella hubiera querido hacer, se levantó con precipitacion para acercarse á la ventana.

«Esto es que yo soñaba, repuso Teodoro. ¡Ah, miss Eva, cómo yo agradeceré tanta bondad!